

Hugo Schuchardt vascófilo

Los lectores de la *Revista Internacional de Estudios Vascos* no ignoran lo que Esta debe á Hugo Schuchardt. Cuando en 1906, le informé de nuestros proyectos y le pedí su valiosa colaboración, el sabio filólogo de Graz me la concedió en teoría. (1).

Su edad, su quebrantada salud, y sus múltiples trabajos pendientes, se le antojaban, sin duda, otros tantos obstáculos insuperables para una colaboración asidua. Y, sin embargo, basta recorrer los índices de los tomos publicados, para darse cuenta de la forma espléndida en que cumplió su promesa.

Pero, como decíamos en 1912, (n.º 2, pág. 103) su colaboración, con ser de valor eminente, está lejos de constituir, ella sola, el conjunto de servicios que nos ha prestado Hugo Schuchardt.

Las numerosas cartas y tarjetas que nos ha descrito, tanto á M. G. Lacombe como á mí, son un arsenal de datos, noticias, consejos y orientaciones que nunca sabremos pagar en lo que valen.

(1) Véase, en efecto, lo que me escribía en carta del 19 de Agosto de 1906: «Con particular satisfacción llego á saber que V. intenta publicar una Revista bascóloga, y estoy muy propenso— en teoría á consentir en la colaboración que tan lisonjeramente me propone.

La correspondencia políglota que yo mantuve por muchos años, la abandoné hace ya tiempo, prescindiendo de ciertas excepciones (como la presente), porque cuesta demasiado, tiempo y trabajo y á un viejo (tengo casi 65 años), no Ir es permitido ser liberal en eso. Quisiera disfrutar del mismo favor que los ingleses y franceses, esto es, servirme de mi lengua nativa (el alemán) con todo el mundo. Que me escriban á mí en francés, en portugués, español, vascuence de Bizcaya ó Suberoa etc, me es todo lo mismo»

Entre ellas, hay una, la que me dirigió el 23 de Agosto de 1919, que creo deber dar á conocer desde ahora. Dice así:

Graz, 23 Aug. 1919.

LIEBER FREUND,

Wenn Sie in der neuerstandenen Revista von meiner «edad relativamente avanzada» reden, so beschönigen sie nicht nur eine mir sehr unangenehme Tatsache, sie verkürzen auch die Dauer meiner Liebe zum Baskischen. Ich denke darüber nach, in welche Lebensperiode meine «linguae Vasconum primitiae» fallen mögen. Ich wäre der Vorstellung nicht abgeneigt dass mir das Baskische-wie das Sprichwort sagt.-schon an der Wiege gesungen worden ist. Das wird aber durch folgendes widerlegt. In meiner Vaterstadt Gotha lebte von 1849 an bis zu seinem Tode 1860 ein berühmter Karlisten-general, der Baron von Rahden, der unter andern Schriften auch Erinnerungen an Cabrera hinterlassen hat. Bei feierlichen Paraden schloss er sich dem Gefolge des Herzogs an; er fiel durch seine fremdländische Uniform und seine goldenen Sporen auf. Er war mit meinen Eltern befreundet, und so redete er mich, wenn er mir auf seinen Spaziergängen begegnete, mit seiner rauhen gurgelnden Stimme (es sass ihm noch eine Kugel im Halse) an: «Nun, was macht der kleine Humboldt?» Wenn er Wilhelm von Humboldt gemeint hätte, würde ich mich noch heute darüber freuen; er meinte aber seinen jüngeren Bruder Alexander, der damals für den Ausbund aller Wissenschaft galt und dessen *Kosmos* sogar in den Boudoirs eleganter Damen lag. Heutzutage ist die Rangordnung der Brüder fast umgekehrt. Im Munde des alten Kriegers war meine Betitelung ein recht zweifelhaftes Lob; sie sollte ausdrücken dass ich mehr Vorliebe für Bücher als für Bleisoldaten hatte. Hätte nun schon damals das Baskische in meinem Interessenkreise gelegen, so würde ich gewiss um einige Auskunft gebeten haben. Als ich später in unsern privaten Tanzstunden mir den *pas de basque* (in der Quadrille) mit besonderem Eifer aneignete, so geschah das ohne jedes linguistische Begleitgefühl. Übrigens glaube ich jetzt dass ich nicht durch die Basken auf die Iberer gekommen bin, sondern dass die Sache sich umgekehrt verhält. Von früh auf übten alle rätselhaften Völker, wie Pelasger, Libyer, Etrusker, Kimmerier, eine grosse Anziehungs-

kraft auf mich aus; zu ihnen gehörten auch die Iberer. Im Jahre 1856 hatte ich ein ganz unbedeutendes Erlebnis, das aber für mich ein sehr grosses war, weshalb es auch bei mir in lebendigster Erinnerung steht. Ich trat in eine Buchhandlung ein, mit einer bestimmten Absicht, und entdeckte zufällig unter den auf einem Tische ausgebreiteten Neuigkeiten, deren frischer Duft mich geradezu berauschte, den ersten Band der Romanischen Grammatik von Fr. Diez in zweiter Auflage. Ich blätterte darin und stiess auf eine Stelle die meinen Blick fesselte und meinen Herzschlag beschleunigte. Es war die Stelle wo von den iberischen Wörtern im Spanischen (*balluca* usw.) die Rede ist. Mehr im Vorgefühl des Baskologen als des Romanisten beschwor ich meinen Vater—selbstverständlich ohne Erfolg—mir das Buch zu kaufen. Übrigens hatte ich vielleicht schon das in Pergament gebundene Exemplar von *El imposible vencido*, das sich in der herzoglichen Bibliothek vorfand, in den Händen gehabt; von dem Titel wurde ich ebenso bezaubert wie andere kindliche Gemüter etwa von «Aladins Zauberlampe». Auch fiel mir das wunderliche Verhalten der Verbalformen auf die bald am Kopf, bald am Schwanz sich änderten. Jedenfalls befasste ich mich, natürlich in ganz sprunghafter Weise schon auf dem Gymnasium mit dem Baskischen und auch noch einige Zeit darüber hinaus (wenigstens in meinem ersten Semester, 1850-1860, an der Universität Jena). Dann kam die Pause von einem Vierteljahrhundert, von der es mir jetzt fast unfassbar erscheint, wie ich sie ohne baskische Nahrung habe durchleben können. Das Weitere wissen Sie. *On revient toujours à ses premières amours*.

Mit herzlichem Gruss

Ihr

HUGO SCHUCHARDT.

Graz, 23 Agosto, 1919

QUERIDO AMIGO,

Cuando V. habla, en la Revista que acaba de reaparecer, de mi «edad relativamente avanzada», no solamente atenúa V. un hecho para mí muy desagradable, sino que acorta V. También la duración de mi amor por el vascuence. Reflexiono sobre el período de mi vida al que pudieron corresponder mi «linguae Vasconum primitiae». No rechazaría la ilusión de que—como

dice el proverbio—ya en la cuna me cantaron en vascuence. Esto, sin embargo, queda desmentido por lo siguiente: En mi ciudad natal Gotha vivía desde 1840, hasta su muerte en 1860, un célebre general carlista, el Barón de Rahden, el cual, entre otros escritos dejó también memorias acerca de Cabrera. En las Paradas solemnes se unía al séquito del Duque; llamaba la atención por su uniforme extranjero y sus espuelas de oro. Era amigo de mis padres, y así él me interpelaba, al encontrarme en sus paseos, con su voz ronca y gutural (tenía alojada todavía una bala en la garganta): «¿Qué hace el pequeño Humboldt?». Si hubiera querido decir Guillermo de Humboldt, me regocijaría todavía hoy con ello; pero él aludía á su hermano menor Alejandro, el cual en aquel tiempo pasaba por modelo de toda ciencia y cuyo *Kosmos* se encontraba hasta en los boudoirs de las señoras elegantes. En el día de hoy el orden en el rango de los hermanos casi se ha invertido. En boca del viejo guerrero era mi denominación una alabanza verdaderamente dudosa: debía expresar que yo tenía más predilección por los libros que por los soldados de plomo. Si hubiera yo tenido entonces al vascuence en el círculo de lo que me interesaba, hubiera ciertamente pedido alguna aclaración. Cuando más tarde en nuestras lecciones privadas de baile me asimilaba con especial ardor el *pas de basque* (en la Quadrille) ocurría esto sin ninguna preocupación lingüística. Por otro lado, creo yo hoy que no llegué á los Iberos por los Vascos, sino que la cosa ocurrió inversamente. Desde temprano ejercían una gran atracción en mí todos los pueblos misteriosos como los Pelasgos, los Libios, los Etruscos, los Cimris; á ellos pertenecían también los Iberos. En el año de 1856 me ocurrió un suceso del todo insignificante que para mí fué, sin embargo, muy importante, á causa de lo cual conservo de él un vivo recuerdo. Entré en una librería con una idea determinada, y descubrí por azar entre otras novedades expuestas en una mesa, cuyo olor de nuevo [impreso] me cautivó, el primer tomo de la segunda edición de la gramática románica de Fr. Díez. Le examiné y dí con un lugar que retuvo mi vista y aceleró los latidos de mi corazón. Era el pasaje en el que se trata de las palabras ibéricas en español (*ballucca etc.*). Más con la intuición del vascólogo que con la del romanista, imploré á mi padre—naturalmente sin resultado—que me comprara el libro. Por otro lado había yo ya tenido tal vez en mis manos

el ejemplar encuadernado en pergamino de *El imposible vencido*, que se encontraba en la Biblioteca ducal; cuyo título me encantó como encanta á otros espíritus infantiles «La lámpara maravillosa de Aladino». También me llamó la atención el maravilloso procedimiento de las formas verbales que cambian ora al principio, ora al fin. En todo caso, me ocupé en el vascuence, como es natural, de una manera intermitente, ya en el Instituto y aun un poco después [por lo menos en el primer semestre, 1859-1860, en la Universidad de Jena]. Luego vino un intervalo de un cuarto de siglo, durante el cual me parece casi inconcebible que pudiera vivir sin alimento vasco. Lo demás lo sabe V. *On revient toujours à ses premières amours*.

Con cordial saludo. Suyo

HUGO SCHUCHARDT.

Todos conocíamos al Schuchardt vascólogo: pero en esta carta se nos revela, además de vascólogo, vascófilo. Los recuerdos de sus «linguae vasconum primitiae» han de cautivar seguramente á nuestros lectores. Por esa razón les damos cabida en la Revista.

JULIO DE URQUIJO.

